



SHUTTER ISLAND

DENNIS LEHANE

Verano de 1954. El agente federal Teddy Daniels llega a Shutter Island, isla en la que está ubicado el hospital Ashecliffe, un centro penitenciario para enfermos mentales. Junto con su compañero, Chuck Aule, se propone encontrar a una paciente desaparecida, una asesina llamada Rachel Solando, a medida que un huracán azota la isla. No obstante, nada es lo que parece en el hospital Ashecliffe. Y Teddy Daniels tampoco. ¿Ha ido hasta allí para encontrar a una paciente desaparecida? ¿O le han enviado para investigar los rumores acerca de los radicales métodos psiquiátricos que se utilizan en esa institución? Unos métodos que posiblemente incluyan la experimentación con drogas, pruebas quirúrgicas terribles, contraataques mortales en la guerra encubierta en contra de los lavados de cerebro soviéticos...

A Chris Gleason y Mike Eigen,
que me escucharon, que me entendieron,
y que, en algunas ocasiones, me soportaron.

¿... tendremos que soñar nuestros
sueños
y además verlos realizados?

ELIZABETH BISHOP, *Preguntas para viajeros*

PRÓLOGO

EXTRAÍDO DE LOS DIARIOS DEL DOCTOR LESTER SHEEHAN

3 de mayo de 1993

Hace varios años que no veo la isla. La última vez fue desde el bote de un amigo, que tuvo la osadía de llegar hasta el extremo más alejado del puerto; la divisé a lo lejos, más allá de la parte resguardada, envuelta en la neblina veraniega, una desaliñada mancha de pintura que destacaba en el cielo.

Hace más de veinte años que no pongo los pies en la isla; sin embargo, Emily afirma (algunas veces en broma, otras en serio) que no está muy segura de que jamás me haya marchado de allí. Una vez me dijo que para mí el tiempo es sólo una colección de puntos de libro que utilizo para avanzar y retroceder en el texto de mi vida, y así poder regresar una y otra vez a los acontecimientos que me marcaron, a los ojos de mis colegas más inteligentes, como si tuviera todas las características del típico melancólico.

Quizás Emily tenga razón, puesto que la tiene a menudo.

Pronto la perderé también a ella. El jueves pasado, el doctor Axelrod nos comunicó que era cuestión de meses. Nos aconsejó que hiciéramos el viaje. Ese viaje del que siempre estábamos hablando: Florencia, Roma y Venecia en primavera. Después añadió: «Lester, tú tampoco tienes muy buen aspecto».

Supongo que no lo tengo. Últimamente pierdo las cosas con demasiada frecuencia, especialmente las gafas, y también las llaves del coche. Entro en las tiendas y me olvido de lo que quería comprar, salgo del teatro y soy incapaz de recordar lo que acabo de ver. Si es cierto que para mí el tiempo es una colección de puntos de libro, entonces me siento como si alguien hubiera sacudido el libro, y como si esas amarillentas tiras de papel, las tapas rasgadas de las cajas de cerillas y los palitos para remover el café, hubieran caído al suelo, y como si las cubiertas manoseadas hubieran sido alisadas.

Por lo tanto, deseo anotar todas estas cosas. No quiero alterar el texto y que se me juzgue a una luz más favorable. No, no. Él nunca lo permitiría. A su extraña manera, odiaba las mentiras mucho más que cualquier otra persona que haya conocido. Sólo deseo preservar el texto, pasarlo de su ubicación actual (que, en realidad, está empezando a humedecerse y a gotear) a estas páginas.

El Hospital Ashecliffe estaba en la llanura central de la parte noroeste de la isla. Podría añadir que estaba situado en un lugar benigno. No parecía un hospital para reclusos con problemas mentales, y mucho menos el cuartel militar que había sido antes. De hecho, a casi todos nosotros nos parecía un internado. Al otro lado del recinto principal, una casa victoriana con el tejado abuhardillado hospedaba al director, y un bello y oscuro minicastillo de la época de los Tudor, que en su día había alojado al comandante de la Unión de la línea noreste de la costa, servía entonces de alojamiento para nuestro jefe de personal. En la parte interior del muro se encontraban las viviendas de los empleados: originales casas de tablillas para los médicos, y tres edificios bajos, construidos con bloques de hormigón, donde estaban las habitaciones de los ayudantes, de los vigilantes y de las enfermeras. El recinto principal tenía extensiones de césped, setos esculpidos, grandes robles, pinos escoceses, arces recortados y manzanos, cuya fruta caía a

finales de otoño en lo alto del muro o en la hierba. En la parte central del recinto había unos edificios coloniales idénticos, contruidos en ladrillo rojo, a cada lado del mismísimo hospital, una construcción de grandes piedras grises y de elegante granito. A lo lejos, estaban los peñascos, el agua de la marea alta y un largo valle donde se había establecido una granja colectiva que había dejado de funcionar en los años inmediatamente posteriores a la Revolución americana^[1]. Los árboles que plantaron —melocotoneros, perales y aronias— sobrevivieron, pero dejaron de dar frutos, y los vientos nocturnos a menudo bramaban en ese valle, chirriando como si de gatos se tratara.

Y el fuerte, por supuesto, que ya estaba allí mucho antes de que llegaran los primeros empleados del hospital, y que sigue estando en el mismo sitio, sobresaliendo encima del acantilado de la parte sur de la isla. Y más allá, el faro, que dejó de funcionar antes de la guerra, ya que quedó obsoleto por el haz de luz del faro de Boston.

Desde el mar, la isla no parecía gran cosa. Uno debía imaginársela tal y como la vio Teddy Daniels esa tranquila mañana de septiembre de 1954. Una roca llana recubierta de arbustos en medio de la bahía. Apenas una isla, se diría, más bien la idea de una. Para qué serviría, pensó tal vez. Qué sentido tendría.

Las ratas representaban la parte más voluminosa de nuestra vida animal. Escarbaban en la maleza, se alineaban a lo largo de la orilla por la noche, trepaban por encima de las rocas mojadas. Algunas eran del tamaño de las platijas. En los años posteriores a esos cuatro extraños días de finales del verano de 1954, empecé a estudiarlas desde la hendidura de una colina que daba a la costa norte. Quedé fascinado al descubrir que algunas ratas intentaban nadar hacia la isla Paddock, una minúscula roca rodeada de arena que permanecía sumergida veintidós horas al día. En esa hora o dos en las que la isla era visible a causa de la marea baja, las ratas, en algunas ocasiones, se dirigían hacia allí;

nunca eran más de doce, y las aguas revueltas siempre las devolvían al punto de partida.

He dicho «siempre», pero no es cierto. Una vez vi que una lo conseguía. Una sola vez. Esa noche de luna llena de octubre de 1956. Vi cómo el mocasín negro que tenía por cuerpo salía disparado por encima de la arena.

O, como mínimo, eso es lo que creo. Emily, a la que conocí en la isla, diría: «Lester, eso es imposible. Estabas demasiado lejos».

Tiene razón.

Y, sin embargo, sé lo que vi. Un mocasín gordo corriendo por la arena, una arena de color gris perla que empezaba a desaparecer de nuevo, a medida que la corriente regresaba para tragarse a la isla Paddock, y para tragarse también a la rata, o eso creo, puesto que nunca la vi regresar.

No obstante, en ese momento, mientras observaba cómo se escabullía en la orilla (y realmente la vi, al infierno con las distancias) pensé en Teddy. Pensé en Teddy y en su pobre mujer muerta, Dolores Chanal, y en aquellas dos personas igualmente terribles, Rachel Solando y Andrew Laeddis, y en los estragos que causaron en todos nosotros. Pensé que si Teddy hubiera estado sentado allí conmigo, también habría visto la rata. No cabe duda de que la habría visto.

Y voy a decirles otra cosa:

¿Teddy?

Teddy habría aplaudido.

**PRIMER DÍA
RACHEL**

1

El padre de Teddy Daniels había sido pescador. El banco se quedó con su barco en 1931, cuando Teddy tenía once años, y pasó el resto de su vida pescando en otros barcos cuando tenían trabajo para ofrecerle, descargando mercancías en los muelles cuando no había trabajo de pescador, y dando largos paseos cuando regresaba a casa antes de las diez de la mañana; se sentaba en un sillón y se miraba las manos, susurrando para sí mismo en alguna que otra ocasión, siempre con los ojos oscuros y muy abiertos.

Había llevado a Teddy a las islas cuando todavía era un niño, demasiado pequeño para ser útil en un bote. Sólo había podido desenmarañar los sedales y quitar los anzuelos. Se había cortado varias veces, y la sangre le había manchado las yemas de los dedos y las palmas de las manos.

Solían partir de noche y, cuando salía el sol, era como un frío marfil que emergía del borde del mar, y las islas aparecían gradualmente tras el crepúsculo, apretadas unas contra otras, como si las hubieran pillado haciendo algo malo.

Teddy vio pequeñas casitas de color pastel alineadas en la orilla de una de esas islas, y en otra, una finca de piedra caliza que estaba desmoronándose. Su padre le señaló la prisión de la isla Deer y el majestuoso fuerte de Georges. En la isla Thompson, los altos árboles estaban repletos de pájaros, y su parloteo se asemejaba a una ráfaga de granizo y cristal.

Un poco más allá, la isla que denominaban Shutter parecía algo que hubiera sido lanzado desde un galeón espa-

ñol. Por aquel entonces, en la primavera de 1928, la exuberante vegetación de la isla todavía no había sido modificada por la mano del hombre, y el fuerte, que se extendía a lo largo del punto más alto, estaba cubierto de parras y coronado de grandes nubes de musgo.

—¿Por qué se llama Shutter? —le preguntó Teddy.

Su padre se encogió de hombros.

—Tú y tus preguntas. Siempre haciendo preguntas.

—Sí, pero... ¿por qué?

—A algunos lugares se les pone un nombre, y es el que les queda. Seguramente se lo pusieron los piratas.

—¿Piratas?

A Teddy le gustó la explicación, e incluso llegó a imaginárselos: hombres grandes con parches en los ojos, botas altas y espadas relucientes.

—Ahí es donde solían esconderse —respondió su padre. Recorrió el horizonte con el brazo—. Se ocultaban en esas islas, y también escondían oro.

Teddy se imaginó cofres llenos de oro, con las monedas desbordándose por los lados.

Luego vomitó varias veces virulentamente, negros hilitos que cayeron desde el bote de su padre al mar.

Su padre se sorprendió, pues Teddy había empezado a vomitar cuando ya llevaba horas en el bote, y el mar estaba tranquilo y su propia quietud refulgía.

—No pasa nada —le tranquilizó su padre—. Es la primera vez, y no tienes de qué avergonzarte.

Teddy asintió con la cabeza y se limpió la boca con un trapo que le dio su padre.

—A veces el bote se mueve, y uno no se da cuenta hasta que ya está mareado.

Teddy asintió de nuevo, incapaz de explicarle a su padre que el mareo no había sido producido por el movimiento del bote.

Era toda esa agua. Rodeándolos por todas partes como si fuera lo único que quedara en el mundo. El hecho de

que Teddy creyera que toda aquella extensión de agua podría tragarse el cielo. Hasta ese momento no se había percatado de que estaban tan solos.

Miró a su padre, con los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Ya se te pasará —le dijo su padre, y Teddy intentó sonreír.

En el verano de 1938, su padre se marchó en un balletero de Boston y nunca regresó. La primavera siguiente, trozos del barco aparecieron en la playa Nantasket, en la ciudad de Hull, donde había crecido Teddy. Un pedazo de quilla, un calentaplatos con el nombre del capitán grabado en la base, latas de sopa de tomate y patata, un par de trampas para langostas deformadas y agujereadas.

Celebraron el funeral por los cuatro pescadores en la iglesia de Santa Teresa, de espaldas al mismo mar que se había cobrado las vidas de tantos feligreses suyos, y Teddy permaneció junto a su madre, y oyó el homenaje que le hacían al capitán, al segundo de a bordo y al tercer pescador, un viejo marinero llamado Gil Restak, que, desde que regresara de la Primera Guerra Mundial, había estado aterrizando los bares de Hull con un tacón roto y demasiadas imágenes feas en su cabeza. Sin embargo, uno de los camareros a los que había aterrizado había afirmado que, en la muerte, todo quedaba perdonado.

El propietario del barco, Nikos Costa, admitió que apenas conocía al padre de Teddy, puesto que le había contratado a última hora, al enterarse de que uno de los miembros de la tripulación se había roto la pierna al caerse de un camión. Con todo, el capitán le había hablado muy bien de él, y le había contado que toda la gente del pueblo sabía que era muy trabajador. ¿Y no era ése el mejor elogio que se le podía hacer a un hombre?

Mientras permanecía de pie en la iglesia, Teddy recordó el día en que habían salido en el bote de su padre, ya que no habían vuelto a navegar juntos nunca más. Su padre no cesaba de repetirle que volverían a hacerlo, pero Teddy sa-

bía que lo decía para que su hijo pudiera sentir cierto orgullo. Su padre jamás reconoció lo que había sucedido ese día, pero habían cruzado una mirada mientras regresaban a casa, a través del grupo de islas, Shutter a sus espaldas, Thompson aún delante de ellos, con el perfil de la ciudad tan claro y cercano que les habría parecido posible levantar un edificio por su chapitel.

—¡Así es el mar! —había dicho su padre, tocándole ligeramente la espalda con la mano mientras permanecían apoyados en la popa—. Algunos hombres van a él, a otros se los lleva.

Y le había mirado de tal forma que Teddy supo de inmediato en qué clase de hombre acabaría convirtiéndose él.

Para llegar allí en el año 1954, cogieron el ferry en la ciudad y pasaron a través de una serie de islas pequeñas y olvidadas —Thompson y Spectacle, Grape y Bumpkin, Rainford y Long— que asían la cabellera del mar con recios mechones de arena, árboles nervudos y formaciones rocosas tan blancas como la nieve. Salvo por los trayectos que se hacían los martes y los sábados para abastecer a las islas, el ferry tenía un horario irregular, y la embarcación estaba desprovista de todo, a excepción de las láminas metálicas que cubrían el suelo y de los bancos de metal que se alineaban debajo de las ventanas. Los bancos estaban fijados al suelo con tornillos y, por ambos lados, a unas gruesas estacas negras; las esposas y sus cadenas colgaban como montones de espaguetis de las estacas.

Ese día, sin embargo, el ferry no llevaba ningún paciente; sólo estaban Teddy y su nuevo compañero, Chuck Aule, junto a unas pocas bolsas de lona llenas de correo y unas cuantas cajas con suministros médicos.

Teddy empezó el viaje arrodillado delante del váter, vomitando en la taza, a medida que el motor del ferry resollaba y chirriaba, y mientras los orificios nasales se le llenaban de los aceitosos olores del gasoil y del mar de finales de verano. A pesar de que sólo conseguía expulsar pequeños

chorros de agua, el cuello le seguía apretando, notaba que el estómago golpeaba la parte inferior del esófago y el aire que tenía delante del rostro giraba con unas motas que parpadeaban como si de ojos se tratara.

Tras la última arcada, salió un globo de oxígeno retenido que pareció llevarse consigo una parte de su pecho mientras le explotaba en la boca; Teddy se sentó en el suelo metálico, se limpió la cara con el pañuelo, y pensó que no era la mejor manera de empezar a conocer a un compañero nuevo.

Imaginaba a Chuck contándole a su mujer —si es que la tenía, puesto que Teddy todavía no sabía tantas cosas de él— su primer encuentro con el legendario Teddy Daniels.

—Es un tipo como yo, cariño, incluso ha vomitado.

Desde que hiciera ese viaje de niño, a Teddy nunca le había gustado estar en el agua; le desagradaba estar lejos de tierra, el hecho de no poder divisarla, sentirse alejado de los objetos que podían tocarse sin que las manos se disolvieran en el agua. Uno se decía a sí mismo que no pasaba nada, puesto que ésa era la única manera de cruzar al otro lado, pero no era cierto. Incluso en la guerra, no eran los asaltos de las playas lo que más temía, sino esos últimos metros que separaban los botes de la orilla, el hecho de tener que avanzar penosamente en el agua profunda, con extrañas criaturas deslizándose por encima de las botas.

Aun así, prefería estar en cubierta, soportándolo al aire libre, y no allí encerrado, enfermizamente cálido, tambaleándose.

Cuando estuvo seguro de que se le había pasado, cuando el estómago le dejó de borbotear y la cabeza cesó de darle vueltas, se lavó las manos y la cara y comprobó el aspecto que tenía en un pequeño espejo que colgaba encima del lavamanos, en su mayor parte erosionado por la sal del mar, con una pequeña nube en el centro, en la que Teddy apenas podía verse reflejado: un hombre relativamente joven con un corte de pelo al rape propiedad del Estado.